

No escribiré el artículo más triste

ANTONI PUIGVERD

LA VANGUARDIA, 11.07.10

Necesitaría escribir el artículo más triste esta noche. Vengo de la manifestación, pero la respuesta cívica catalana a la lóbrega y ácida letra pequeña de los magistrados del Constitucional no consigue alegrarme. No consigue el éxito de la manifestación calmar mi inquietud sobre el futuro de Catalunya, un futuro que, respondiendo a la visión aznarista de España, puede desembocar en una división a la vasca en dos comunidades. Necesitaría escribir el artículo más triste, escribir: "La noche de la lengua catalana está cantada y tiritan a lo lejos los astros del Constitucional, indiferentes e insensibles a todo lo que ignoran". Necesitaría escribir: "Yo la quise, a España, pero ella nunca me quiso como soy". Necesitaría liberar mi decepción también por la falta de inteligencia de estos supuestos sabios del TC: han ejercido de separadores; y han armado de razones al independentismo, que es el gran triunfador de la manifestación. Ciertamente los moderados también estaban allí. Seguramente eran mayoría, pero callaban. El TC les ha dejado sin palabras. ¿Qué palabras pueden articularse en favor de la concordia cuando el más alto tribunal te obliga a escoger entre sumisión o insurrección? Los moderados somos los grandes derrotados del TC. ¡Eugeni Gay, que gran oportunidad perdiste! Podías haber protagonizado un gesto verdaderamente trágico: dimitir antes de firmar una sentencia que llega a preguntarse, con retórico cinismo, si alguna vez en la historia una de las dos lenguas oficiales fue perjudicada.

Pero no escribiré este artículo triste. Los moderados no liberamos las vísceras. No podemos rendirnos a la lógica extremista que conduce a un

conflicto de incalculables proporciones. Nada está perdido. La recelosa ambigüedad del TC permite, como observaba el glacial ojo de Juliana, muchos años de batalla judicial. Todo será ahora crudo, difícilmente masticable: antipático. Los jueces se han cargado los restos de simpatía que quedaban en la relación entre Catalunya y España. Se han cargado incluso el mensaje cándido y emotivo de la selección de fútbol. El simbolismo de la roja seduce a muchos catalanes, pero otros muchos, seducidos o no, asocian inevitablemente el novedoso y atractivo triunfo deportivo al viejo y áspero trágala. La relación entre Catalunya y España deriva hacia el pleito insomne. La unidad civil catalana peligra. Pero la Europa económica desautoriza cada día a los jueces perdidos en su pura nación española. Eurocatalanismo. Con frialdad, sin resentimiento, pero tampoco ya con ingenuos sentimientos de concordia, los moderados catalanes intuimos que sólo nos queda un horizonte: Europa. La intensificación de la UE es inevitable: de ella depende la supervivencia de la economía continental, y a ella nos conduce el mundo global. A más Europa, menos España. No es deseo ni ideología: es pura constatación. A más Europa, más posibilidad de colear; de nadar a pulmón libre, sin el severo control de los magistrados de una España que no puede liberarse del fascinante magisterio de la Inquisición.